

“Razón y pasión en la España de los albores del Siglo XXI”

(Instituto Cervantes de Cracovia, 25 de abril de 2018)

I. Agradecimientos y saludos

Es un honor compartir este tiempo con ustedes para hablar sobre España. Había sido invitado a pronunciar esta conferencia en la Universidad Pedagógica por su rector a quien agradezco la iniciativa. Optó, no obstante, por retirar la invitación de modo que me he acogido a la hospitalidad del Instituto Cervantes. Muchas gracias, Director. Muchas gracias a ustedes por su asistencia. Siempre es un placer recalar en esta ciudad que rezuma espiritualidad y cultura. Confío en que mis palabras les resulten de interés.

II. Los ropajes de un diplomático

Me visto esta tarde de conferenciante. El oficio de diplomático reúne múltiples facetas. Puede fungir como heraldo, pontífice (hacedor de puentes), animador, organizador, registrador y notario, anfitrión, cicerone o viajero atento. En cualquiera de los casos, el diplomático representa oficialmente a su país y es quizás esa oficialidad la que le distingue del común de sus compatriotas, pues toda persona representa en mayor o menor medida a su país en un mundo donde las etiquetas y las generalizaciones simplifican la relación del individuo con la realidad circundante. El funcionario público que sirve en el exterior debe tener siempre presente su dimensión representativa. Se vista como se vista. Y esta tarde me ha correspondido revestirme con la toga académica. Prescindiré, no obstante, de ella en la segunda parte de este encuentro en la que les animo a entrar en diálogo.

III. Justificación del título.

La lengua española se nutre y adorna con expresiones que emanan de la fiesta de los toros. Para poner el toro en suerte (centrar mi intervención) he escogido por título “razón y pasión en la España de los albores del Siglo XXI”.

Contiene este enunciado cuatro elementos distintivos reducibles a tres, si se entiende como un binomio “razón y pasión”.

- 1) El primero y principal es el objeto del asunto que nos reúne: España, un país “veterano” del que la inmensa mayoría de los habitantes del planeta tiene noticia, sobre el que hay mucho escrito y conversado y que ha dejado una huella innegable a fuer de indeleble en la historia de la humanidad. España es un país popular. Recibió en 2017 más de 82 millones de visitantes (de los cuáles más de 1 millón fueron polacos). Destaca, entre otras cosas y no por su orden de importancia, por el nivel de su fútbol, de otros juegos de equipo y por notables individualidades deportivas. Atraen su gastronomía, sus paisajes y su folclore. Descuella por su patrimonio y sus manifestaciones artísticas (en pintura, música, arquitectura, escultura, cine...), y se expresa en una lengua, el español, que cuenta con más de 550 millones de hablantes nativos y con cimas literarias de primer orden desde sus mismos orígenes alto-medievales. España es también un país donde en ocasiones la política se torna en un ejercicio ríspido alimentado por la gasolina del rencor (y hay incluso quien alardea en público de ello); un país pujante y dinámico que en la edad contemporánea ha vivido en constante convulsión política entre pronunciamientos, atentados terroristas y guerras civiles; un país, en fin, coriáceo y curtido en avatares sinnúmero.

España, como objeto de estudio, da tanto de sí que ha sido vista como un enigma histórico (Sánchez Albornoz) y como una realidad inteligible (Julián Marías); como problema (Laín Entralgo) y sin problema (Calvo Serer); invertebrada (Ortega), genial (Giménez Caballero) y de otras muchas maneras, todas ellas, aun distintas y

contradictorias, no por ello exentas de razón. Nos ocupamos pues esta tarde de esa España una y diversa, colorida y negra, amada y denostada, la “patria de piedra y sol y lluvia liviana, camisa limpia de mi esperanza” que cantó el poeta bilbaíno Blas de Otero y a la que se dirigió en una oda famosa el barcelonés Joan Maragall. La misma España cuyos muros miró Francisco de Quevedo allá por el siglo XVII “si un tiempo fuertes, ya desmoronados, de la carrera de la edad cansados, por quien caduca ya su valentía”, visión pesimista cargada entonces de fundadas razones.

- 2) El segundo elemento del título establece un marco temporal, “los albores del Siglo XXI”, esto es, nuestros días. Les advierto, con todo, de que no deben esperar que me ciña disciplinadamente a la acotación declarada. Apelo a su buen juicio y benevolencia para sobrevolar siquiera someramente por la España de ayer y de anteayer, pues un apunte que no se apuntale mínimamente en unas raíces y en un tronco histórico carece de la mínima solidez.

El siglo que hemos estrenado, pórtico de un nuevo milenio, está plagado de incertidumbres en las que se mezclan perspectivas prometedoras que harían palpar con fuerza el corazón de Prometeo -hasta el punto de hacerle sentir pronta la liberación de las cadenas a las que le condenó su insolencia- con el vértigo de una aceleración en la que con frecuencia nos estremece percibir algún atisbo refulgente del apocalipsis.

- 3) El tercer y último componente del título lo conforman al alimón razón y pasión. Son ambas cualidades inherentes al ser humano, impulsoras de sus acciones. Razón y pasión, como fe y razón, tienden a contraponerse. Craso error, pues son perfectamente conjugables (como bien explicaron a lo largo de sus respectivos pontificados Sus Santidades Juan Pablo II y Benedicto XVI) y conviven inexorablemente en el animal racional y apasionado que es el hombre. La pasión es la emoción y el afecto que ponemos en las personas y en las cosas. La razón indaga y sopesa, busca la

adecuación de nuestra persona y del conocimiento –de la totalidad del ser- a la realidad circundante, al mundo y a los otros. El “zoon politikon” que es el hombre -pues vivimos en sociedad- actúa movido por dosis de pasión y cálculos de razón. La epistemología o ciencia del conocimiento no puede despreciar la pasión como método de acercamiento a la verdad, pero toda aproximación a la verdad en nuestro ser racional pasa necesariamente por el filtro y el escrutinio de la razón.

IV. Ejemplos de presencia de razón y pasión en las naciones y en la historia: fin del exordio

A las naciones cabe atribuirles caracteres nacionales. Estereotipos o divertimentos, lo cierto es que los caracteres nacionales dan, como los toros bravos y encastados, buen juego. Salvador de Madariaga, ensayista y diplomático, se recreó a ese respecto en varios opúsculos reunidos bajo el título “Carácter y destino en Europa”. Quienes nos dedicamos a la diplomacia gustamos de adentrarnos en esos terrenos. En un esquema comparativo entre España, Francia e Inglaterra, Madariaga atribuye a los ingleses el rasgo característico de la “acción”, a los franceses la “razón” y a los españoles la “pasión”. Un rasgo característico es predominante, pero nunca exclusivo. No hay acción, salvo la refleja, que no esté movida por la pasión, por la razón o por ambas. No hay razón impermeable al sentimiento, ni que se niegue obstinadamente a la acción. No hay pasión que permanezca impávida o reniegue sistemáticamente de la reflexión. La “inteligencia sentiente”, concepto que acuñó el filósofo donostiarra Xavier Zubiri, es inherente al ser humano. Razón, pasión y acción se dan en todo ser, en todo tiempo y en todo lugar.

En determinadas épocas, y es caso notorio el Siglo de las Luces, preponderó la razón. Pero como ilustró Francisco de Goya, el sueño de la razón puede llegar a producir monstruos. La revolución francesa, de la que Goya fue testigo, aun pertrechada de razones, perpetró atropellos irracionales. El Romanticismo, hijo del “Sturm und Drang”, dio rienda suelta al sentimiento arrebatado y alentó el mimetismo entre el alma y el

paisaje. La moda romántica –encarnada de manera plena en la vida y en el genio de Federico Chopin- imperó en Europa hasta que el triunfo social de la burguesía hizo virar los gustos mayoritarios hacia el realismo, el positivismo e incluso al confort bucólico del Biedermeier. En las postrimerías de lo que Stefan Zweig llamó “el mundo de ayer” surgió un aluvión de “ismos” que, tras el desgarró que provocó la primera guerra mundial, resultaron fagocitados por las ideologías totalitarias en una suerte de tornado en el que se arracimaron razón y pasión y que infligió suplicios inconcebibles a la condición humana. El ser humano fue despojado de su dignidad, deshumanizado y cosificado por el veneno de la obnubilación ideológica. El desprecio por la vida, por la sagrada dignidad de las personas, llevado al paroxismo, explica las masacres sistemáticas y masivas que sufrieron millones de personas en países como Polonia, Ucrania o Bielorrusia por solo citar a tres de los que padecieron un infierno atroz e inenarrable en los años 30 y 40 del pasado siglo.

Pongo aquí fin al exordio de forma un tanto abrupta para reformular el tema que nos congrega y preguntarnos si la España de hoy contiene una combinación adecuada de pasión y razón. No estoy seguro de saber darle respuesta certera. Pero creo que el planteamiento en sí es útil para ayudarnos a adentrarnos en los entresijos de un país que, por cierto, goza de enorme simpatía entre los polacos, según las últimas estadísticas.

V. España, una realidad histórica que hunde sus raíces en la Edad Antigua.

Entremos por tanto en el meollo del asunto y hablemos de España. España hunde sus raíces en la Edad Antigua. Los celtas, los iberos, la enigmática Tartessos del no menos enigmático y aun mítico Argantonio, vascos, caristios, várdulos, cántabros, autrigones y berones –entre otros- están entre sus primeros habitantes. Fenicios, griegos y cartagineses, emparentados éstos con los primeros, se asentaron y poblaron algunos enclaves y áreas levantinas y meridionales de la península, fundaron ciudades y cultivaron el comercio. Los encuentros ora pacíficos, ora

belicosos entre estos pueblos comenzaron a dar un sabor especial a ese guiso variopinto que con el paso de pocos siglos vino a devenir en España.

El contorno peninsular contribuyó decisivamente a la pronta singularización, al bautismo y a la nombradía de España. Fueron los romanos quienes acuñaron el nombre de Hispania, que prevaleció sobre el de Iberia, quedando éste para la denominación de la península. Los romanos hicieron por Hispania mucho más que nombrarla, la romanizaron con todo lo que ello significa en todos los órdenes de la vida, la hicieron propia, la elevaron al rango de provincia, la vertebraron y la dotaron de un sustrato jurídico y de organización administrativa. Los hispano-romanos correspondieron a tantas atenciones aportando su brillo a la Roma imperial. Séneca, Marcial, Lucano, Quintiliano, en el mundo del pensamiento y de las letras; los emperadores Trajano y Adriano en el arte del gobierno, donde figuran por méritos indiscutibles entre los más distinguidos y destacados entre sus pares, forman un ramillete imponente de nombres.

La Hispania romana con sus subdivisiones Tarraconense, Bética, Lusitania y las posteriores Gallaecia, Cartaginense, Baleárica e incluso la africana Mauritania Tingitana mutó de manera natural en diócesis de la Cristiandad cuando colapsó el Imperio Romano de Occidente y los “bárbaros” ocuparon su carcasa. La levadura hispano-romana fue fermentada por los visigodos en una fusión progresiva que tuvo su momento crucial en el III Concilio de Toledo (589), cuando el reino, con Recaredo a la cabeza, abandonó oficialmente el arrianismo y abrazó el catolicismo sellando así la unidad religiosa de España en torno a una fe que constituye una de las savias distintivas de su ser histórico nacional.

VI. La “pérdida y recuperación” de España como catapulta hacia el dominio del orbe

Al socaire de las guerras crónicas intestinas entre familias visigodas se produjo en 711 la invasión árabe que cambió la faz de la península. Córdoba, capital emiratí y califal desde el siglo X, se convirtió de la mano de los Omeyyas salidos de Damasco en una cosmópolis aristotélica que irradió pensamiento, arte y literatura. El collar de la paloma de Ibn Hazm

es poesía árabe, bética y andalusí, esto es, española. Entre 711 y 1492 la España cristiana, heredera de Roma y del reino visigodo, avanzó de manera paulatina hacia el mediodía desde su repliegue inicial al abrigo de la cordillera cantábrica. Desde su principio ese designio combinó el factor religioso con un sentimiento proto-nacional que bebía en fuentes visigodas y romanas. Lo dieron en llamar la “recuperación” de España. Los incipientes reinos septentrionales –Asturias, León, Castilla, Navarra, Aragón- se fueron expandiendo hacia el sur hasta dominar a finales del siglo XI la mitad norte peninsular. La Córdoba califal hubo de ceder por su parte al empuje centrífugo de las taifas y la presencia musulmana en suelo hispano tuvo que ser reforzada con las penetraciones de almorávides y almohades, bereberes venidos del norte de Africa. La batalla de Las Navas de Tolosa (1212), librada por la gran coalición de los reinos cristianos de Castilla, Navarra, Aragón y Portugal, situó la divisoria en la Sierra Morena, el balcón de Andalucía. Pero no fue hasta 1492 cuando el ya disminuido reino nazarí rindió sus últimas plazas y su capital Granada a la recién estrenada Corona de España surgida del matrimonio entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

VII. Auge, apogeo y encogimiento de la España moderna

En los 18 años que median entre 1492 y 1520, la España unida bajo una misma Corona vivió una expansión fulgurante. Vio completada su restauración peninsular coexistiendo con el reino de Portugal, lanzó sus naves al descubrimiento de América, una empresa de conquista, evangelización y organización administrativa y asumió en la persona de su rey Carlos la responsabilidad del Sacro Imperio Romano Germánico en tiempos de la fractura de la Cristiandad por la reforma protestante. No hay explicación demográfica para aquel “milagro” hegemónico de España en Europa y en América que se prolongó hasta mediados del siglo XVII bajo el nombre de “Monarquía Católica”. “Dios es español” se decía sobre el desempeño de los tercios de Flandes en Italia, Francia, Alemania y los Países Bajos. Aquella expansión con su acendrada raigambre religiosa contrarreformista no tardó en granjearse adversarios.

La historia de España desde la paz de los Pirineos firmada con Francia en 1659 hasta las independencias americanas al principiar el siglo XIX y el remate de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, en guerra con Estados Unidos es la historia de un repliegue físico y moral trufado de fases de hondo decaimiento. Sirva para ilustrar ese estado de ánimo la frase atribuida al Presidente Cánovas del Castillo cuando se elaboraba la Constitución de 1876: "es español quien no puede ser otra cosa". Las amputaciones americanas fueron dolorosas, puesto que si los territorios europeos reunidos bajo la Corona de España en Italia y los Países Bajos nunca fueron España, sí cabe predicar la españolidad histórica de los virreinos, las Reales Audiencias y la Capitanías de allende el Atlántico como lo denotan no sólo la lengua común, sino las universidades, los trazados urbanos o el esplendor del barroco como expresión más acabada de la ortodoxia tridentina. "Entonces fuimos España" es precisamente el título de un conocido ensayo histórico del ecuatoriano Muñoz Barrero. Y así fue hasta que los hechos de armas que pusieron el colofón a la emancipación del continente americano mientras se producía la invasión napoleónica de la península ibérica disolvieron una trayectoria compartida por alrededor de 300 años y dieron paso al nacimiento de nuevas naciones, hijas y hermanas, de la España europea.

VIII. La leyenda negra o la pertinaz –y eficaz- propaganda contra el papel de España en el mundo

En 1913 un semanario ilustrado decidió premiar la mejor obra de denuncia de los detractores de España. Ganó un funcionario del Ministerio de Estado –nuestro actual Ministerio de Asuntos Exteriores-, intérprete y políglota (con la friolera de 16 idiomas en su zurrón), Julián Juderías con un trabajo intitulado "La leyenda negra y la verdad histórica" que en una edición posterior se comprimió en "La leyenda negra". El propio Juderías explicó así su objeto:

“Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra patria han visto la luz pública en casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad; la negación o por lo menos la ignorancia sistemática de cuanto nos es favorable y honroso en las diversas manifestaciones de la cultura y el arte; las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad...”

(Y algunos creerán que eso que llamamos “fake-news” es un invento de hoy o de Goebbels, Lenin y Stalin). Mas retomemos el hilo. Ciertos coetáneos de Juderías como el historiador Rafael Altamira (1866-1951) o el escritor Juan Valera (1824-1905) incidieron en la misma cuestión incluso antes que Juderías. Lo cuenta muy bien el historiador e hispanista francés Joseph Pérez en un ensayo del mismo título, “La leyenda negra”, ilustrado en la portada de su edición española con un retrato de Felipe II por Pantoja de la Cruz.

El afán de estos ilustres combatientes de libelos contra España es uno y el mismo: rebatir el “pésimo concepto” que se han formado de España “los extranjeros” más que por ignorancia, por insidiosa mala fe. Es común en ellos el lamento por, y cito palabras de Valera, “el olvido en que nosotros mismos –los españoles- ponemos nuestras cosas” con un “empequeñecimiento de nuestro pasado” que trae causa del escaso aprecio que nos tenemos por nosotros mismos. “En cualquier objeto que vale poco o se cree valer poco en lo presente se inclina la mente humana a rebajar también el concepto de lo que fue” (J. Valera).

Mala fe, prejuicios, desprecio, ignorancia y desidia son fautores de una “leyenda negra” que -habrán reparado en la sutil y acertada definición de Juderías- resulta en un “ambiente” creado para demoler una reputación. En sus versiones más acabadas, esa narrativa niega sin concesiones las contribuciones que España haya podido aportar a la humanidad, magnifica los errores, carga las tintas en los relatos de los excesos y exagera rasgos de un pretendido carácter nacional hasta convertirlos en repulsivos para

presentar a España como –y cito a Juderías- “inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas, enemiga del progreso y de las innovaciones”. Se edifica así “la leyenda que habiendo empezado a difundirse en el siglo XVI, a raíz de la Reforma, no ha dejado de utilizarse en contra nuestra desde entonces, especialmente en momentos críticos de nuestra vida nacional” (Joseph Pérez apunta como prelude de la leyenda negra la expansión de la Corona de Aragón por el Mediterráneo a partir del siglo XIII con el episodio de la matanza de los franceses de Anjou en las vísperas sicilianas de 1282 que Giuseppe Verdi llevó a escena con su maestría y eficacia en la ópera del mismo nombre).

IX. El daño perpetrado por la leyenda a los cimientos nacionales y el poco aprecio entre nosotros de las cimas patrias

Llegados a este punto quiero detenerme a subrayar una idea esencial que fue debidamente enunciada y desarrollada por el propio Juderías: “el eco que la leyenda encontró –y aun encuentra- en la propia España”. Y es que no pocos españoles acabaron creyéndosela, interiorizándola, sucumbiendo a las pesadas atmósferas del ambiente creado y recreado hasta el punto de que algunos de ellos, debidamente incentivados con historias de razas y de superioridades morales y estilísticas llegaron a detestar a su Patria y a erigirse en sus enemigos declarados más acérrimos. Comenzó a ocurrir tras las resacas de las guerras carlistas y después de tantos vaivenes constitucionales, en las postrimerías del siglo XIX, al calor del darwinismo político y de las teorías políticas de corte racista y supremacista que empezaron a proliferar en Europa y que pusieron letra al imperialismo eurocéntrico. En la distinción formulada por Lord Salisbury entre “living y dying nations”, los españoles tenían claro de qué lado caían, sobre todo a raíz del desastre de 1898, infinitamente más duro de lo que resultó para los franceses el incidente de Fachoda aquel mismo año. Fue así que algunos de nuestros compatriotas, en medio de una tormenta que amenazaba con hacer zozobrar el viejo galeón multiseccular de España, comenzaron a buscar “hechos diferenciales” entre unos españoles, ellos, de mejor condición -sangre, cráneo, modales,

inteligencia-, y otros, quizás más numerosos, pero que en el mejor de los casos podrían darse con un canto en los dientes con un papel de figurantes en la Carmen de Mérimée.

Quisiera ahora afirmar una opinión personal que me importa: son muy encomiables los esfuerzos encaminados a desmentir y a situar en sus justos términos las deformaciones exageradas y retorcidas de los errores, atropellos o pecados protagonizados por españoles a lo largo de la historia en el desempeño de responsabilidades públicas, políticas o religiosas (en la conquista de América, en las guerras europeas, en la ordenación de la comunidad política doméstica, en las guerras civiles...). Pero merecen a mi entender mayor dedicación y celo aquéllos que buscan poner de relieve, rescatándolas del olvido, las muchas obras emanadas del genio, de la razón y de la prudencia de los españoles en el curso de la historia, de su pasión noble en favor del bien común.

La antología de las aportaciones políticas, morales, jurídicas, artísticas, científicas de los españoles es, en efecto, profusa. No puedo resignarme a evocar unos cuantos nombres:

Alfonso X el Sabio y la Escuela de Traductores de Toledo, Fernando III el Santo de Castilla, Jaime I y Alfonso el Magnánimo de Aragón; Isabel y Fernando, tanto monta, monta tanto (paridad absoluta); Carlos V, que abdicó en Felipe II, el rey prudente, y se retiró al monasterio de Yuste para platicar en español con Dios; Carlos III, predecesores todos de Felipe VI, un gran rey para la España de hoy y de mañana.

San Isidoro, Francisco de Vitoria, Las Casas y Sepúlveda, y la Escuela de Salamanca; Francisco Suárez, Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, adalides de la contrarreforma; Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, el poeta predilecto de San Juan Pablo II, cuyo Cántico Espiritual acaba de ser vertido de nuevo al polaco en una obra premiada que se presentará dentro de unas semanas en este Instituto.

Pensadores como Luis Vives, Jovellanos, Menéndez Pelayo, Ortega y Gasset hasta llegar a Fernando Savater, a quien tendremos la fortuna de recibir en Cracovia dentro de unos meses si el tiempo no lo impide.

Cervantes, Góngora y Quevedo; Tirso, Lope y Calderón, cuya “Vida es sueño” discurre en una Polonia de ensueño, donde sufre su ardua existencia Segismundo, hijo de Basilio, rey.

Las músicas de Tomás Luis de Victoria, Juan Crisóstomo de Arriaga, Granados, Albéniz, Falla.

Las altas cimas en la pintura con Velázquez, El Greco, Goya, Picasso, Dalí y tantos otros.

Los grandes escritores y poetas contemporáneos de las generaciones del 98, del 14, del 27, del 36, de la posguerra, modernísimos y frescos gracias en parte a la figura luminosa del nicaragüense Rubén Darío, del que escribió Paco Umbral: “Indio con entorchados (casi se le adivinan los pies descalzos por debajo del uniforme diplomático), ...fabuloso derrumbe humano que iluminó Madrid, que habitó París, que se irguió frente al mar latino, congestionado de trascendencia, ...robusto de persona y esbelto de corazón...como un Baudelaire más nuevo, más triste y más bueno”.

Con este retrato de Rubén cierro una antología que por incompleta resulta imperfecta, pero que incluso en su imperfección -regreso a Umbral- “acojona” hasta el punto de bien merecer una letanía. “Orate pro nobis”.

X. La indigestión de la propia historia: entre la pasión desmedida por la militancia disruptiva y la razón roma del materialismo economicista

El poeta Jaime Gil de Biedma, barcelonés de pro, soñaba entre güisquis y noches canallas con una vida beata y retirada “en un país ineficiente, algo así como España entre dos guerras civiles”. Las guerras civiles, los intervalos guerra-civilistas y la ineficiencia han marcado la vida española en la edad contemporánea. La última guerra civil, más cruenta que sus antecesoras carlistas, enfrentó a sangre y fuego a las dos Españas como previno Antonio Machado: “Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. Una de las dos Españas ha de helarte el corazón”. Ineficiencia es la incapacidad aparente de vacunarnos de una vez y para siempre contra ese instinto fratricida o cainita al que en demasiadas ocasiones hemos regresado en una suerte de duelo atávico a garrotazos.

Hace poco más de 40 años, muerto Franco, España se embarcó en un periplo que despertó la admiración de muchos. La argamasa y el objetivo, el alfa y el omega, eran la reconciliación nacional a través del establecimiento de un sistema genuinamente democrático a imagen y semejanza de los vigentes en Europa Occidental, la Europa anhelada. El método fue la reforma política, un tránsito “de la ley –del régimen de Franco-, a la ley –democrática y constitucional-“. Se alumbró así la Constitución de 1978 que proclama como los valores superiores del ordenamiento jurídico la libertad, la igualdad, la justicia y el pluralismo político. La Constitución consagró un catálogo de derechos y libertades fundamentales protegidos por los tribunales de justicia y abrió la puerta a los autogobiernos regionales. El “milagro” de la transición española siguió al “milagro” económico que supuso el paso de la autarquía a la economía de mercado entre 1959 y los años setenta.

Los artífices del cambio político combinaron la pasión estratégica por la democracia con una razón práctica gradualista. El fin era que subiera a bordo de la nueva España, que se adhiriera al nuevo marco constitucional el mayor número de ciudadanos. Lo hizo así el conjunto de la izquierda con el PCE en un papel decisivo. Lo hicieron también los nacionalistas catalanes, que ocuparon asientos privilegiados en el puente de mando de la embarcación, y los nacionalistas vascos del PNV, aunque éstos prefirieran -y así hasta hoy- mantener un pie, o ambos, en el estribo y ello a pesar de las atenciones solícitas en forma de reconocimiento de unos “derechos históricos” del pueblo vasco de las que ya desde un primer momento fueron objeto. Se empezó a cimentar de aquella guisa la sinécdoque vasca, que aún perdura. El mundo del terrorismo nacionalista vasco de la ETA quedó, por el contrario, apeado por voluntad propia. Lejos de abandonar el crimen como arma política después de la amnistía general de 1977 los etarras incrementaron en democracia el número de asesinatos en unos “años de plomo” de infausto pero imprescindible recuerdo.

40 años después, al barco español, firmemente anclado en la rada de la Unión Europea, le crujen las cuadernas por tres causas principales: la

erosión de los dos partidos de centroizquierda y de centroderecha (PSOE y PP) que han pilotado la nave en estas décadas; la impugnación de la transición por sectores de la izquierda extrema y el desafío a la unidad nacional que encabeza el separatismo catalán. Me ocuparé de las dos últimas. Aunque en ambos casos sus mentores se cuidan mucho de presentarse cargados de razones “democráticas”, lo cierto es que los dos planteamientos carburan merced al combustible de una pasión disruptiva.

De prosperar la impugnación de la transición nos retro-traeríamos a tiempos pasados que queríamos superados para siempre. La transición fue el resultado de un pacto entre los aperturistas del régimen de Franco y la izquierda española, hijos todos de la guerra civil en la que algunos, los de más edad, participaron. Hay ahora quienes sostienen que el pacto de la transición fue un fraude a la democracia, pues no rompió con la dictadura y no engarzó directamente con la II República a la que atribuyen en exclusiva “pureza” democrática. Conviene, en su opinión, aplicarse en corregir el rumbo de la nave y cambiar las cartas de navegación del 78 junto con el relato de lo que aconteció años atrás entre nosotros.

El nacionalismo catalán, al que habíamos dejado inmejorablemente instalado en el puente de mando de la nueva España, ha mutado cual Gregor Samsa en un independentismo desaforado, esto es, que obra sin tener en cuenta la ley y la justicia. Todo comenzó a agravarse en coincidencia con la grave crisis económica que estalló hace diez años. Esa crisis, unida a la proliferación de casos de corrupción en las cuatro décadas de ejercicio del poder autonómico por los nacionalistas y con las jóvenes generaciones -algunas de las cuales ya talladas- aleccionadas en la escuela y por la televisión en el culto al becerro de oro de la patria catalana, galvanizó un movimiento para romper con todo lo que suene a España.

Me detengo en el análisis de este fenómeno que constituye una seria amenaza contra la convivencia en nuestro país. El movimiento independentista catalán no sólo es letal para España. Es contrario a los fundamentos en que se basa la Unión Europea. Propugna la ruptura de unos lazos políticos y afectivos multiseculares y condena a la extranjerización a quienes no se pliegan a sus pretensiones y deseen

continuar siendo españoles. Un juicio moral tampoco les puede ser favorable a quienes hacen de su razón de ser la discordia, la desunión, el levantamiento de muros y la voladura de puentes.

El independentismo se alimenta de un sentimiento de superioridad sobre lo español. Lo dejó escrito Pompeu (Pompeyo) Gener: “Creemos que nuestro pueblo –el catalán- es de una raza superior a la de la mayoría de los que forman España. Sabemos por la ciencia que somos arios”. Prat de la Riba, uno de los fundadores en 1901 de la Liga Regionalista, comparó a los castellanos –cito- “que los extranjeros designan en general con la denominación de españoles, un pueblo en el que el carácter semítico es predominante” y en el que la sangre árabe y africana que le han inoculado las frecuentes invasiones del sur se revela en su modo de ser, de pensar, de sentir y en todas las manifestaciones de su vida pública y privada” con la “fuerza de la prosperidad económica, de energías intelectuales, morales y artísticas” de Cataluña. La comparación es todo un logro, pues resulta ofensiva para los castellanos, los españoles, los pueblos semíticos, los árabes y los africanos. Cosas del darwinismo. Otros autores que no merecen ser nombrados fueron más allá, si cabe, en los puyazos. Hubo quien calificó la llegada de castellanos y andaluces a Cataluña de “invasión enemiga” con la admonición de que ningún catalán ni catalana dignos de tal nombre debieran casar con españoles. En esto coincidió con el padre del nacionalismo vasco, Sabino Arana, quien escribió infinidad de simplezas insultantes sobre los españoles de las que les hago gracia. Este sustrato supremacista no ha desaparecido y aflora en ocasiones en las palabras de algunos nacionalistas.

El independentismo es totalitario en sus métodos, toda vez que sitúa por encima de cualquier otra consideración la fuerza de su voluntad. Desprecia la ley democrática, pues ve en ella un corsé que le impide desplegar su potencial. Permítanme en este punto que lea una cita del ensayista italiano Claudio Magris que hace mucho al caso: “Contraponer la “legitimidad” a la legalidad apelando a valores cálidos (la comunidad, la inmediatez afectiva) en contra de la frialdad de las democracias significa destruir las reglas del juego político. Invocar el amor en contra del

Derecho es la profanación del amor que se usa como instrumento para negar a otros hombres la libertad e incluso el amor”.

Desprecio por lo español, desprecio por la ley y acoso a los no nacionalistas son tres rasgos que caracterizan al independentismo en Cataluña. La recuperación económica incipiente en España no será suficiente para enderezar una situación que se ha torcido peligrosamente. El regreso a la normalidad de la convivencia pasa necesariamente por la firmeza democrática. El cuestionamiento del pacto constitucional del 78 y las tensiones territoriales marcan un presente plagado de riesgos y, por ende, de estímulos. Los españoles necesitamos dar lo mejor de nosotros mismos para que prevalezca una España de ciudadanos libres e iguales, catalizadora de la construcción europea, abierta y generosa y comprometida con la paz, la justicia y los derechos humanos. Para realizar ese programa, como en aquella canción, tráiganme todas las manos.

XI. Conclusión

Señoras y señores,

Decía al cerrar el preámbulo que no las tenía todas conmigo a la hora de responder a la pregunta sobre las dosis de razón y pasión presentes en la España de hoy. Renuncio a tal propósito y dejo la contestación al criterio de cada cual. Elementos de juicio no les faltan. Como acompañamiento de sus cogitaciones, cierro con unos versos de Borges que suenan regios y recios:

“España de la hombría de bien y de la caudalosa amistad,
España del inútil coraje.
Podemos profesar otros amores,
podemos olvidarte como olvidamos nuestro propio pasado,
porque inseparablemente estás en nosotros,
en los íntimos hábitos de la sangre,
en los Acevedo y Suárez de mi linaje.
España, madre de ríos y de espadas y de multiplicadas
generaciones,
incesante y fatal”.